

TALLAS ÚNICAS



IVÁN OLMEDO

Tallas únicas



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.1 España

Usted es libre de:

copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer y citar al autor original.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.

© 2007 Ediciones Efímeras por la portada

© 2007 Iván Olmedo por el texto

© 2007 Ediciones Efímeras por la edición

contacto: santiago@eximeno.com

<http://www.edicionesefimeras.com>

Impreso en España

Cuando por fin encontró un cuerpo de su talla, no estaba en venta. Así que tuvo que convencer a su propietaria, ofreciéndole un precio en sangre mucho mayor de lo que esperaba. No se arrepintió. Le sentaba como un guante.

XXL

DE VUELTA A CASA

Hacía mucho más de veinte años que yo no pisaba esta húmeda tierra de montaña, que no penetraba en el bosquecillo nudoso veteado de incontables tonalidades verdes y marrones, en el que mi figura de niño solitario –tanto tiempo atrás– se había confundido, arropada por el silencio perverso que posee todo bosque. El caserón al final del camino terroso me muestra un aspecto decrepito: paredones atacados por los elementos, madera endurecida como roca pero perforada por insectos–alimañas y rajada por el peso de décadas, techumbre destrozada... A unos escasos metros de esa casa donde nací y viví mis primeras sensaciones, protegido por las manos sabias y los rostros viejos de unos olvidados tíos maternos, nace otro mundo enmarañado y peligroso. Yo sólo veo algo en él que... no sé... distorsiona mi alma.

Hoy he vuelto con Raquel y nuestro hijo, Álex. Yo no quería ponerle Álex, es un nombre... ¿cómo decirlo?... poco definido... y no me convence.

En mi forma de adulto he vuelto al bosque que modeló una buena parte de mi mente en crecimiento, del cerebro impresionable de mi forma de niño. Álex, que corría alegre y sudoroso hace un rato, está parado junto a la derribada escuela fantasmal que resiste algo más allá, al borde del camino (muerta, olorosa a pasado, frontera entre el Mundo y el Bosque; piso de tablas traidoras, tejas ennegrecidas por el agua y el tiempo); está pegado a una de sus paredes mirando de cara a los castaños, mirando el suelo cubierto de hojas viscosas en descomposición. Y entonces el mundo se desmorona cuando dice:

—¿Las piedras son más listas que las personas, papá?

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Un vaho mental me trae recuerdos de tiempos muy pasados que ya no temía recordar.

—¿Qué dices Álex, hijo?

—Las piedras... ¿hablan?

—No. Las piedras no hablan, hijo...

—¿No?

—No, mi pequeño —la garganta se me retuerce en un nudo de angustia.

—¿Será por que no tienen nada importante que decir?

—Álex...

Miro a mi hijo, horrorizado, con un miedo que comienza a nacer desde dentro, con un terror que empieza a golpearme brutalmente y me hace temblar de pies a cabeza. Hay piedras al borde de un caminillo casi invisible que se va introduciendo en el bosque. Piedras grises y porosas, atacadas por el rebelde musgo. Las estoy mirando fijamente y, cuando soy consciente de esto, empiezan a causarme pavor... ¿Dónde está Raquel? Giro la cabeza demasiado bruscamente, buscando la figura querida de aquella que me ha hecho hombre y había exorcizado mis fantasmas. No me atrevo a volver la vista hacia Álex... no sé... Estoy empezando a recordar algo malo. Algo espantoso. Las tripas se me revolucionan; temo desmayarme... y... ¿dónde está Raquel?

—Hijo, Álex... —consigo articular, mientras el sudor me pega la camiseta al cuerpo.

Mi hijo sigue con la mirada fija en el incierto bosque. El sudor también le cubre la cara, aplasta sus negros rizos y reluce en su frente la tensión que lo apodera. Parece que está a punto de liberar un grito como forma de salir del mal ensueño que lo tiene atrapado.

Las piedras del caminillo simulan irradiar una vida que, lo sé perfectamente, (¿o no tan perfectamente?) es imposible que posean. Acabo de darme cuenta de que tengo un palo en la mano. Para defenderme, supongo, pero... ¿de qué? Un palo grueso, una estaca. Fea, sucia... todavía recia bajo la capa exterior de corteza muerta y podredumbre vegetal. Estoy a punto, una vez más, de recordar algo... algo que pasó aquí, sobre este mismo suelo, hace más de veinte años. Cuando por fin oigo la voz de Raquel llamándome desde la parte opuesta del caserón, la cabeza de Álex ya está tirada en el suelo, abierta como una calabaza fresca. La viscosa inmundicia del interior reptaba por el terreno mullido, latiendo. O puede que yo sólo lo imagine... ya no estoy seguro...

Lo que creo atisbar entre los recuerdos de mi pasado es algo que me cuesta comprender pero, de momento, ya no me siento capaz de negarlo tan implacablemente. Me encuentro confuso y me siento sucio; si este dolor de estómago desapareciese y dejase de torturarme... ¿por qué está gritando Raquel? Ahora la veo, mi vida, mi amor... Aunque tengo un poco nublados los ojos, la veo frente a mí, perfectamente. Ha cogido una piedra.

Es bastante grande y la levanta sobre su cabeza... Grita, llora, y parece que quiere defenderse, pero... ¿de quién? ¿O de qué...?

Siento con toda mi alma el golpe más que fugaz de ese borrón de furia que surge de mi espalda y arremete contra la figura que tengo delante. Las lágrimas arrasan mi cara, y escuecen al mezclarse con el sudor. Es horrible.

Las vencidas puertas del caserón están abiertas, llamándome. Cuando doy un primer paso para dirigirme hacia ellas, noto que he estado apoyado en el tronco del viejo castaño a cuyo pie enterramos, el borrón y yo, los restos tristes de aquellos tíos sabios pero débiles, hace tantísimo tiempo.

Voy camino de las fauces oscuras y acogedoras de mi caserón. Entro, buscando algo con qué cavar. Y eso es todo para mí...

FUTURO IMPERFECTO

Kerin llevaba más de un cuarto de hora esperando ante el escaparate de la tienda. Había salido con antelación del bloque de colmenas donde vivía, con un trozo de manzana todavía a medio masticar en la boca, mientras acoplaba entre sus cejas el paquete comprimido de lecciones del día. No se puede perder el tiempo. Aunque, cuando llegó, la tienda estaba cerrada. Era lunes y al chico que trabajaba allí quizá se le hubieran pegado las sábanas. Por fin lo vio aparecer, doblando la esquina, solo seis o siete minutos tarde. El chico, flaco y lleno de granos, vestido con una camiseta chillona, no llevaba colocado ningún paquete de estudios. Mientras guardaba su monopatín en el cajón que había a la entrada, el ansia de Kerin pareció crecer, en vez de diluirse. Entró como un vendaval y comenzó a recorrer las estanterías, agitado. Solo dedicó unos segundos a recorrer con la vista las secciones de devedés, tresdés y hologramas, y llegó al papel. Cogió el "Diez Parsecs", el "TeleInvasión", un "Invasores del Hipotálamo", dos "Captain Steamchunk" atrasados y un ejemplar de una vieja publicación llamada "Aparatex". Un buen puñado de tebeos y revistas con los que se dirigió al mostrador. El dependiente, en vez de cobrar inmediatamente el material, miró a Kerin unos segundos.

—Oye, chaval... ¿has visto lo que tengo aquí? —dirigió sus ojos hacia la puerta, comprobando que aún estaban solos en la tienda—. Seguro que no conoces esto...

Sacó de debajo del mostrador una bolsa opaca metalizada y de ella extrajo una revista delgada de rebordes rojos, con muchos colores en la portada. "Hola,la!", rezaba la cabecera. En la fotografía podía verse a una mujer enojada a la antigua que sostenía en brazos a un recién nacido. Tras ella, un tipo con nariz de boxeador, vestido con una camisa floreada, sonreía forzosamente a la cámara. En grandes letras se leía "¡EXCLUSIVA!". Kerin dio un respingo y se quedó unos instantes fascinado y repelido a un tiempo ante la chocante imagen. Era una de esas revistas que llamaban "rosas", prohibidas para su distribución comercial desde hacía años. Tímidamente negó con la cabeza y dejó sus compras sobre el mostrador. Se había puesto rojo.

Cuando al fin salió a la calle con su bolsa repleta, sopesó unos minutos si denunciar a aquel... aquel... provocador. Sabía dónde guardaban sus padres archivado el número de emergencia del Ministerio. Pero su corazón dictó rápida sentencia; no podía permitir que cerrasen su tienda favorita. Ansió llegar a casa para disfrutar de sus tesoros, así que apretó el paso. Y solo se relajó cuando, con un cacao instantáneo ardiente entre las manos, se concentró en la lectura y se olvidó por completo del chico de la librería y su camiseta, que rezaba: "Día del Orgullo Friki. 25 de mayo de 2.126". Algo que le había parecido, entonces, hartos sospechoso.

CERCADO POR LA MUERTE

Remedando una vieja canción del siglo XXI: "hoy, de un mortal, rebasé la mañana". Eso es. Con la presión del sueño profundo todavía atornillándome las sienas, he trazado una imposible pirueta hasta la cocina maloliente (parece como si hubieran escondido un gato muerto detrás del refrigerador) y me he puesto, con un café, unas lonchas de mortadela pasaditas por la sartén. Desde luego, nadie se moriría de envidia. El café, destilado hace cuatro días, también podría acabar siendo un golpe matador para mi pobre estómago. Mi flamante *Yellow Mama*, lo último en asistente robótica de cocina, lleva dos días averiada. Muerte cibernética programada por Tefnichs Inc., multinacional sin escrúpulos, para obligarnos a desembolsar. Y rubricada por sus técnicos matones, que atajan cualquier intento de protesta ante la ineficacia de las reparaciones.

Pero mucho más mortífero me parece el tráfico mañanero. Nada más salir a la calle, muerto de frío, una jodida motocarga casi me mata del susto al pasar rozándome y hacerme perder el equilibrio, hasta caer al suelo. La vecina del cuarto piso –que, por cierto, está de muerte– sale casualmente del portal y me ayuda a levantarme. Es preciosa, me muero por decirle algo de una vez, como siempre. Pero, aparte de balbucear tres cosas y luego callar como un muerto, poco más consigo hacer. Ella se va, yo miro el crono y me doy cuenta de que, de seguir así, llegaré tarde al trabajo de mala muerte que tengo. Así que corro calle abajo como un poseso, y que me muera ahora mismo si no veo cómo el chófer del ovobús me cierra la puerta en las narices y se va. ¡Malditos sean sus muertos! Echo a correr de nuevo en la dirección precisa, con cara de canguelo, como si me persiguiera un ejército de cadáveres, la verdad. Estoy convencido de que voy a llegar tarde y de que, esta vez sí, el jefe me va a matar.

Cuando estoy a punto de doblar la última esquina, el último obstáculo en mi camino, choco frontalmente con Old Smokey, un ciego malusiano que se pasa las horas muertas vendiendo cupones en la mismísima. Por poco lo mato. Me levanto como puedo, ayudo a levantarse al viejo (que pesa como un muerto, dicho sea de paso) y, de nuevo corriendo y tras lanzar una floja disculpa, veo por el rabillo del ojo a dos mierdas de niños que, en la otra acera, se mueren de risa. Estoy a punto de pararme en seco y dar la vuelta

cuando oigo los chillidos histéricos del confundido cuponero: "¡Al ladrón! ¡Al ladrón!"... ¡Ah!, no..., pienso, no voy a cargar con ese muerto. Y otra vez me lanzo al camino, corriendo... a tumba abierta...

Sinceramente, cuando llego a mi destino me encuentro tan fuera de mí, destrozado y sin aliento, que parezco mismamente un moribundo. Abro la puerta de la tienda, paso ante un par de señoras de expresión cerúlea, diríase cercana al *rigor mortis*, en sus caras ajadas, y casi salto el mostrador en mi huida, más que llegada, a la trastienda. Allí no hay nadie y mi respiración entrecortada rompe el silencio sepulcral. Aún estoy tratando de recuperar el aliento cuando mi jefe, el Sr. López, penetra furibundo en el cuartucho.

—¡Tú! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Ponte a trabajar ahora mismo! ¡Y no te quiero ver por la tienda en todo el día!

Lo miro con ojos de pescado muerto, me parece, y él me mira con odio muy mal disimulado. ¡Si las miradas matasen...!

Por fin, me quedo solo en el cuartucho de mierda donde, todos los días, me mato componiendo ramos de novias, coronas de muerto... con la materia prima que proporciona la Floristería Hilario López. Un trabajo manual, antiguo, sin robots ni zarpas metálicas de por medio. Un capricho antitecnológico para señoras como las que he estado a punto de matar del susto y ciudadanos que añoran un mundo anterior. Una civilización perdida ya, obsoleta, fallecida y casi enterrada. Así que, intentando olvidar el inicio de la jornada, comienzo con mi tarea diaria. Entrelazo los tallos de las flores, ya muertas, que habrán de adornar algún entierro o similar. Después les coloco las cintas con frases pretendidamente ingeniosas que los respectivos clientes han encargado. ¡Anda!, mira ésta, qué graciosa: "David y Sonia; juntos hasta la muerte". Me parto, me descuajaringo de la risa...

...y horas más tarde, mientras veo morir el día a través del ventanuco que me proporciona ventilación, algo asalta mi memoria y caigo en la cuenta de que mi vecina del cuarto piso, esa que está mortalmente buena, se llama Sonia. Para colmo de males recuerdo que yo no me llamo David, pero el hijo del señor López sí. Y, a diferencia de su apergaminado progenitor, trabaja con nuevas tecnologías, nada menos que en la Tefnicks Inc. Eso ya no me hace tanta gracia. De hecho, me dan ganas de matar a alguien.

DE A DURO

Para el mundo editorial, Patricio Luis Gómez Cuevas era Lou Cavern. Infatigable escritor de noveluchas baratas, de aquellas que habían visto mejores épocas, su especialidad era la ciencia ficción. Guerras hipergalácticas, alienígenas con rayo láser al cinto y desenfundar presto; naves estelares gigantescas... tales eran los argumentos y personajes de sus aventuras "de a duro", escritas con velocidad casi inhumana. Esa velocidad inhumana se tornó sobrenatural cuando llegó a sus manos la máquina increíble que durante décadas los juntaletras especulativos como él, de un modo u otro, habían imaginado: el ordenador personal. Muchos cientos de palabras extra fue capaz Lou Cavern de procesar cada día. El éxito de las "de a duro" ya se había desvanecido con el tiempo, pero él encontró nuevos estímulos para continuar pariendo gestas marcianas. Inclinado febrilmente, como un adicto, ante el monitor, su mente siguió vomitando ideas tan rápido como sus dedos eran capaces de moverse sobre el teclado. Llevaba ya tres bolsilibros y medio perfilados cuando pensó que, ya que faltaban diez minutos para que empezase el partido en la tele, bien podía repasar un poco lo que había escrito. Empezó por *Zelja, la perra de las galaxias*: una inmensa nave interestelar en la que viajaban cuarenta hombres y veinte mujeres, comandada por la despiadada Zelja -antigua "Perra de Sarajevo", ahora "de las galaxias"-, iba en busca de una poderosa fuente de energía cósmica, más allá del planeta Titán.

La puntuación era un desastre, pero había que tener en cuenta la rapidez con que había escrito todo aquello. Otro día encargaría a su hija que arreglase aquellos detalles sin importancia. Cuando, en la página veintitrés, Zelja y los suyos caían sobre el planeta Melón, se encontraban de bruces con los terribles guerreros plátanos, perdían en la batalla al teniente Membrillo y al cabo primero Arándano... cuando huían corriendo hacia la llanura donde reposaba la enorme nave Kiwi... Lou Cavern empezó a olerse que algo andaba mal... ¿Melón? No, era Sirious... eso era lo que había escrito... ¿Membrillo? ¡Por Dios!, se trataba del muy capaz teniente O'Malley... Siguió leyendo, frenético, sólo para comprobar que todo estaba lleno de limones, peras, chirimoyas, moras y fresas... ¿Qué locura era aquella? Él no había escrito ese cúmulo de despropósitos... Pensó... pensó...

y llegó a la conclusión de que sólo había una respuesta... su hija seguramente había estado trasteando en los archivos y había querido gastarle una broma... eso... "¡Maryyy...!", llamó a voz en grito... Al instante, una muchacha morena y bajita acudió desde la habitación de al lado; llevaba un pijama naranja oscuro con flores estampadas y una taza de plástico entre las manos. "Mary, ¿qué es esto? Lee aquí..." La chica leyó y por la expresión de su rostro, nadie hubiera sido capaz de adivinar si aquella ensalada de frutas invasora había surgido de su imaginación, o no. "¿Has estado hurgando en mis novelas?" "No, papá, ¿por qué iba a hacerlo?" "¡Coño!, ¿entonces de dónde salen todas estas tonterías?" "Pues yo qué sé, ¿no lo has escrito tú...?" Ante esto, el semblante de Patricio Luis Gómez Cuevas enrojece y los escasos cabellos de las sienes parecen erizarse. Desde la habitación contigua llega la voz forzada de un locutor que está leyendo la alineación del equipo visitante. "Pero bueno –dice Lou– tú crees que...?", se le enciende la calva, se enerva. Demasiado trabajo, demasiadas horas sentado enlazando frases a granel... Ya casi chilla, más que habla... camina por el despacho como un poseso... "Papá, mira esto." "¿Qué, qué coño quieres que mire?!" "¡PAPÁ!" El grito corta en seco a Lou Cavern, que mira hacia el monitor que le señala su hija. Una pantallita roja aparece ocupando el centro. "Alerta de virus", pone. "Se ha detectado el siguiente virus: TuttiFrutti.exe"

¡Y pensar que ha estado a punto de darle un sopapo! "¿TuttiFrutti?, ¿TuttiFrutti?, ¿qué demonios...?" "Papá, me parece que tienes un virus en el ordenador. Habrá que mirarlo..." "Un virus... ¿y el virus me ha puesto esos nombres estúpidos a los personajes? ¿Puede hacer eso un virus? "Pues el TuttiFrutti, por lo que veo, sí puede. No te preocupes, apágalo y después del partido lo escaneo, vamos..."

Patricio Luis apaga su ordenador como hace siempre, a las bravas, pisando el interruptor de la regleta. La sutileza y la paciencia no son cualidades que posea en abundancia. Por eso, quizá, se ha dedicado a escribir bolsilibros, y no sonetos.

Cogiendo la taza de plástico que Mary se ha dejado sobre la mesa, se dirige a la habitación de al lado, de donde surge el resplandor mortecino del aparato de televisión. "Hija, toma, se te va a enfriar el café. ¿Ya han empezado?" Ella, sentada frente a la pantalla, muy quieta mirando las

evoluciones de los jugadores, con la mirada fija, no contesta. "Mary, ¿qué pasa? Ya están jugando, ¿no?" Lou se sienta a su lado, y dirige los ojos a la tele. Ya están en movimiento los dos equipos sobre el campo. "Bueno, ¿y qué pasa, qué...?" De repente, prestando atención por primera vez a la voz del locutor, la expresión del hombre se relaja, la boca se entreabre en un gesto de incredulidad y los ojos se hacen más grandes. No comprende. El locutor, con voz un tanto desangelada, comenta las evoluciones de los contendientes. "...ahí está Coco, que recibe de Frambuesa, el central. Frambuesa la retiene; busca apoyos... se la pasa a Plátano. Éste no puede controlarla y la pierde ante Cereza..." Padre e hija, hipnotizados ante el aparato, no dan crédito a lo que oyen. A Lou se le afloja el estómago. Ya comprende.

¿Un virus...? Sí, así puede decirse. Ya están aquí...

XL

OHTONQUI

Los ojos de Ohtonqui ardían de furia. Su frente manaba bajo el sol. Tenía los pies destrozados por las rocas. Desde la mañana había corrido sin parar hacia las montañas, con una determinación salvaje. Atrás abandonaba los cuerpos descuartizados y quemados, las niñas violadas, la pirámide profanada, todo el poblado ahogado en sangre por los extranjeros de negras barbas. Corría desnudo y sólo llevaba con él una pipa larga y un saquito con dos puñados de polvo ocre. Atardecía, y seguramente Ohtonqui era el último de los *quachaqui*. Encontró una cueva y penetró en ella. Cayó, rendido, sobre un montón de cortantes lascas de piedra. Entonces sacó un pellizco del polvo ocre y encendió con él la pipa. Tras un poco de humo inútil, una voluta azulada y extraña se elevó en la oscuridad. Formó en el aire una figura terrorífica, empezando por dibujar el pene. Garras y piernas. Plumas como acero. Cien mil rostros contorsionados, bufando maldiciones. Cuauhtlazi creció hasta que la cueva fue pequeña para contenerlo. Sin embargo, afuera estaba la inmensa bóveda del cielo, mayor que los mismos dioses. La bella y horrible invocación surcó la negrura, hacia el poblado lejano. Ohtonqui, por desgracia, no pudo oír los desgarradores gritos de pánico que reverberaron en la noche.

Setecientos años más tarde, un joven ingeniero llamado Txucoal encontró la arrugada momia de Ohtonqui, recostada plácidamente en su útero de piedra. Un descubrimiento maravilloso, y como tal, fue estudiado con profundidad en las muchas universidades aztecas que prosperaban alrededor del mundo.

CUENTO FRÍO

El otoño ya había llegado, pero seguía haciendo calor. Cosas de un planeta loco. Allí en la costa, sin embargo, el frío que llegaba del océano y se esparcía por el pueblo remediaba la situación. Lara disfrutaba mucho de los atardeceres grisáceos en la playa, sobre todo cuando lograba zafarse del ojo vigilante de los cuidadores y podía fantasear a sus anchas. Pero a medida que el otoño iba penetrando la tierra las visitas a la playa eran más infrecuentes, hasta desaparecer por completo. Le quedaba el Cerro del Ángel. Álvaro, su monitor favorito, le había contado el cuento muchas veces. Cómo, hacía muchos años, el viejo más avaro del pueblo, a punto de morir, había sido visitado por un hombre negro, con alas gigantescas en la espalda, que posó una nube sobre los árboles de su huerto. Los pescadores vieron cómo el ser negro regresaba después, montado en su nube, al inmenso cielo que cubría el mar. Esa noche el viejo murió, y por la mañana, aquella cosa de hierro, fea y negra, apareció sobre el cerro. Nadie osó tocarla, ni intentar derribarla, y el silencio sobre ella fue norma común del pueblo. Cuando lograba quedarse sola, la curiosidad nerviosa de Lara vencía las prohibiciones. Bajo la sombra de aquella joya oscura suspendida en el aire salado, su mente viajaba muy lejos de allí.

El otoño estaba a punto de rendirse al invierno. Los vecinos del pueblo temieron que la búsqueda del cuerpo se prolongase demasiado. Allí no helaba, pero el frío de sus corazones no era la mejor arma contra lo que habría de venir. Pronto dejaron de culpar a Álvaro, al que sabían tan cerca de la niña desaparecida, de su falta. Todo lo que tuviera que ver con la abominación del cerro no tenía nada de humano. Un descuido, una noche oscura. Rastros en la tierra; misterios en el aire. Álvaro no pudo hacer nada más. Como al imposible ángel de hierro que hechizaba el pueblo, nadie le había tocado en todos aquellos años. Salvo Lara. Mas eso no tenían por qué saberlo ni los hombres ni los ángeles.

DE CABEZA

—¿Has decapitado alguna vez a otro ser humano?

Esta fue la pregunta que consiguió que perdiera los nervios. Antes ya me habían preguntado si había plantado un árbol, si había escrito un libro... ¿Qué querían estos tipos?

—N-No... —tragué saliva, otra vez.

—Anotación: que conste que ha contestado negativamente —dijo el menos alto, el más aceitunado.

Me pareció que aquella era la pregunta fundamental, el meollo, la última, porque los aparatos electrónicos que nos rodeaban enmudecieron y sus luces se apagaron. Entonces, cuando sin mediar palabra me tocaron la frente con un dedo largo y frío, supe que estaba en lo cierto.

La corriente semilíquida de destello ambarino me transportó hasta el suelo tan suavemente como me había elevado minutos antes, robándome del establo. Pisaba otra vez la húmeda hierba de mi querida Gales.

Miré hacia el cielo nocturno y vi cómo la extraordinaria nave con forma de cigarro se perdía en la negrura, dejando un aura plateada en torno a las nubes.

Me palpé todo el cuerpo. Regresé a mi granja.

A la mañana siguiente el pánico se desató sobre todas las Islas, cuando llovieron cabezas...

LAURA

En un ángulo oscuro del salón existe una presencia inquietante. Él no la ha podido ver nunca, pero sabe perfectamente que está ahí, porque ya ha tocado sus sentidos muchas otras veces. Lo primero que hace al entrar en el salón, cada vez, es dirigir la mirada hacia aquel ángulo ominoso. Pero no ve nada de nada. Después, encendido ya el televisor, el microuniverso de esa estancia aparece como otra dimensión.

Hoy está en la Dimensión TV; afuera son las tres y media de una tarde fría pero agradablemente soleada. Suena el teléfono y se siente vacío como persona, pero obligado a cogerlo. Sólo está él en casa. No comprende a quién pertenece la voz del otro lado, hasta que dice:

—Soy Laura...

Compañera de clase, pecosa cara de diablillo femenino, alborotadora, invitadora para ir al cine...

—No, no puedo ir —contesta él— estoy muy ocupado.

El auricular susurra alguna especie de queja condescendiente, y al paso de un segundo ya está colgado en su sitio. Busca con los ojos el ángulo prohibido y ahora casi del todo invisible; se levanta del sillón con un cansancio infinito detrás de esos ojos. Como un animalillo doméstico condicionado, sus pasos le llevan al cuarto de baño. Un paso, Laura. Dos pasos, Laura. Otro paso, Laura... Tras levantar la tapa del retrete y descolgarse los pantalones, agarra la carne caliente y se masturba con furia, con los ojos abiertos contemplando el azulejo azul. El semen escaso cae dentro de la taza, y parece un producto de cosmética desperdiciado.

A la salud de Laura...

PROMESA

Lo despertó el sobresalto de un escalofrío. Automáticamente giró la cabeza hacia su izquierda y el despertador, y vio que los números parpadeaban, indecisos. En algún momento de la noche el fluido eléctrico se había cortado. El aire helado del piso vacío serró sus huesos en cuanto levantó las mantas. Se calzó rápidamente las zapatillas y corrió hacia el cuarto de baño, pasando ante la estufa apagada. Una erección a medias le obligaba a visitar el retrete. Al salir y apagar la luz, sintió. Notó una presencia agazapada allá, en el fondo del pasillo, negro como el futuro. No estaba solo. Empezó a tiritar más fuerte; una pierna bailoteaba. Tenía que acercarse a la presencia, que se hallaba frente a la puerta de su cuarto. Antes de dar un solo paso, el olor de un perfume siempre recordado llegó a su nariz. Era ella, regresada del olvido de los que ya no están. Ella, que le había fallado. Quiso asir, acercándose, lo que no era más que un borrón espectral. Fracasó. Miró el dormitorio, a la luz escasa de la lámpara de la mesita. Sobre la cama revuelta estaban colocados cuidadosamente los cuatro cedés con las películas bajadas de internet que ella había prometido grabarle antes de destrozar su cuerpo y su coche contra un camión en una carretera nevada.

Lloró como un niño. Y el insomnio se apoderó de su vida.

LABORATORIO

Esto es el laboratorio. Tan exageradamente iluminado que llega a ser hiriente; tan metalizado, tan pulcro. Aquí, a la izquierda, vemos un pequeño ratón blanco inyectado con éxtasis, que se desespera frenéticamente en su jaula de cristal, lisa, compacta; no jaula, por tanto, sino caja. Morirá agotado en pocas horas. O menos.

Tras esta puerta, a la derecha, hay una máquina que fuma doscientos cigarrillos en un minuto. Sus pulmones de acero rebosan alquitrán, pero no morirá, como el ratoncillo.

Hay otra puerta más alejada, con un vívido icono (arte relámpago del siglo XXIII) pegado en el frente. Casi nadie tiene permiso para entrar aquí. Dentro, en sendas losas de metal, reposan dos cuerpos humanos. Desnudos.

—¿Jaime...? —una pausa.

—¿Qué?

—¿Te aburres?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿El qué?

—¿Qué dices...? —hay un tono de miedo en la voz.

—¿Quieres callarte?

—¿Qué haces en mi cerebro? —la alarma se hace sentir.

—¿Tu cerebro...?

—iiiPOR FAVOR, SAL DE MI MENTE!!! —se quiebran las dos voces al unísono.

Los cuerpos sudan, en tensión, pero no pueden moverse. Los ojos no pueden girar lo suficiente para poder contemplarse. De sus cráneos afeitados surge una red intrincada de finísimos cables, que llegan hasta una esfera suspendida sobre ellos, hecha de algún material translúcido, se enmarañan en el interior y vuelven a salir con destino al otro cráneo. Yo ya no soy yo...

El ratón drogado, en la otra sala, intenta sacarse los ojos con sus inútiles patitas...

Esto es el laboratorio.

SER HUMANO

“Yo, Víctor Frankenstein, hijo de Caroline y Alphonse, nacido mi cuerpo en Nápoles, condenada mi alma en Ingolstadt, sentenciado en Ginebra, redimido entre los hielos polares...

Yo, arrogante, insensato, mentiroso, homicida, ladrón de tumbas, sacrílego... vencido...

Yo, moderno e infame Prometeo, que los dioses confundan...

Yo os digo a vosotros, hombres del futuro, que os equivocáis terriblemente al seguir mi camino. Yo os aviso; yo os niego el reconocimiento de la locura que abrazáis. Os suplico piedad... ¿No ha tenido la bendita Tierra suficiente castigo con el azote de un solo e impío Frankenstein...?”

El hombre enjuto que ha escrito esto arroja el rotulador de punta fina a un lado, con una chispa ardiente marcada en sus cansados ojos. En un gesto de derrota se derrumba sobre el respaldo de su silla de ruedas. En su otra mano nervuda estruja un papel de periódico reciente, mil veces arrugado. Un titular reza:

“PÍO XIII REITERA SU CONDENA A TODA FORMA DE CLONACIÓN DE SERES HUMANOS”

Una lágrima resbala por la difícil superficie del rostro del anciano, cuando dos hombres altos de uniforme blanco se acercan a él. Uno de ellos echa un vistazo a lo escrito y comenta alegremente:

—¡Hey! El pirado está hoy en plena vena creativa. Vámonos con él...

Mientras el otro los sigue, empuja la silla de ruedas por el muy iluminado pasillo. Atrás dejan un televisor que exhibe alguna carnicería en algún país oriental cercano, a todo color. Se detienen frente a la puerta de los lavabos. El que empuja la silla, contrariado, se yergue, mira de nuevo al hundido anciano y se pregunta:

—¿O se dice vena creadora?

MORTIS

Él respiraba con dificultad, boqueaba desesperadamente, buscando aire. Agitaba los engarfiados dedos con apremio, buscando ayuda. Abría con denodado instinto sus ojos, cada vez más grandes e hinchados, buscándola a ella. Él pataleaba, sudaba, golpeaba el cemento del suelo, se hacía daño. Ella estaba aún a unos metros, aunque corría desde hacía mucho tiempo, y parecía no llegar nunca. Él sufría, se agotaba. Ella tropezaba, malavanzaba. Él se rindió, ella llegó a su lado. Cuando lo cogió en brazos expiró, como si hubiese estado esperando a que ella llegara para que lo viera morir. Ella, que ya lloraba desde hacía largo rato, se ahogó en su llanto y berreó. Gritó:

—¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ?

Una puerta se entreabrió, o una tapa de alcantarilla se alzó. Surgió de una de ellas, o de ambas, una representación de La Muerte, toda de negro mate, fría, escuchimizada, casi alegre a pesar de todo. Cuando ella volvió a preguntar, con la cara llena de lágrimas y de mocos, a todo pulmón:

—¿POR QUÉ?

La representación de La Muerte, envarada y quisquillosa como ella sola, preguntó a su vez:

—¿Y POR QUÉ NO?

COMODÍN Y COMODÓN

Eusebio Comodín era un hombre sin edad, sin tiempo. Aburrido, algo triste. No había disfrutado mucho de la vida y cuando sus compañeros de trabajo contaban y recontaban con vívidos detalles sus escarceos sexuales, el semblante se le mudaba. Pero era un trabajador serio y eficaz, que resolvía cualquier tarea, cualquier problema, con diligencia. Cuando Ricardo Comodón llegó a la empresa donde Eusebio trabajaba, su vida pasó de triste a muy triste. No solo Ricardo no aportaba mejoras, sino que sus tareas quedaban muchas veces sin hacer, cosa que tenía que subsanar Eusebio.

Un jueves, el capturador Zor-Blagg, de Tantas, en la constelación de Hipocampo, llegó a la Tierra con la misión de atraer tres especímenes para el estudio. Rápidamente escogió un bulldog francés, una ex estrella checa del pomo y un oficinista aburrido, muy triste.

El tantasiano, reunidos los especímenes en sus celdas receptoras, levantó su pata y se rascó detrás de la oreja, satisfecho. Mala suerte para todos excepto, quizá, para el perro.

PASTELITO

—¡Qué vida tan asquerosamente dulce la mía! —dijo el pastelito— ¡Todo es azúcar y salivazos!

—¡Tan asquerosamente dulce la NUESTRA, querrás decir! —replicaron a coro el resto de pastelitos, acorralados en su caja de latón afortunadamente abierta.

El pastelito renuente, el primero de su blanda especie que haría algo así en muchas mañanas de la Historia, logró escapar del reducto oxidado de la vieja lata de galletas masificada; tropezó al caer con una pastilla de caldo de carne, mutilada en alguna pasada cocción de triste recuerdo; se deslizó, con muchos problemas, por el metálico borde de un estante frío y duro, consiguiendo llegar al primer piso de la alacena. Una vez allí, con una calma azucarada muy propia de su inútil condición alimenticia, se encaramó en dos latas de sardinas apiladas (esas encarceladas sardinas jamás tendrían tal capacidad de decisión) y se arrojó al fondo de un tarro de cebollas en vinagre, en donde su esponjoso cuerpo comenzó rápidamente a disolverse. “Por fin”, pensó en su último acto reflejo, mientras tocaba fondo, ahogándose en el líquido ambarino.

En el piso de arriba se dejaron oír exclamaciones de asombro y algunos gemidos de histeria, o miedo...

Una nueva visión del mundo se abrió a los ojos de los ocupantes del *guetto* de la caja de latón.

TOCADO

Fue un lunes cuando, súbitamente, se le vino a la cabeza una historia, y a las manos la necesidad imperiosa de escribirla. A pesar de que nunca lo había hecho, se puso a la faena y se sorprendió a sí mismo con un cuento completamente terminado. Esa noche tenía la mirada perdida mientras masticaba la sosa pechuga de pollo de la cena.

El martes, mientras se duchaba, varias imágenes le asaltaron. Poco antes de la merienda había acabado el segundo cuento de su vida. No cenó esa noche.

El miércoles se despertó con un argumento completo incrustado en su memoria. Lo volvió a hacer.

Para el jueves, una gruesa libreta y dos bolígrafos reposaban ya junto a su almohada, listos para la inminente llegada.

Así hasta el fin de semana. El sábado y el domingo no se le ocurrió nada y no escribió más. Se puso nervioso, se desesperó, apenas comió y se volvió esquivo con sus compañeros.

El lunes siguiente despertó de madrugada con un montón de ideas bulléndole en la cabeza. Corrió, a punto de llorar, en busca de la libreta que había arrojado lejos. Más tarde, con el paso de los meses, se acostumbró a que los días festivos su cerebro permaneciese inactivo.

Al cabo de casi un año, la pila de libretas repletas de manuscritos ocupaba un espacio considerable de su exigua celda. Le habían caído siete años y un día por un frustrado atraco a mano armada.

Y no quería ni pensar en consultar el calendario para comprobar en qué día de la semana caía aquella última jornada de libertad.

SENDA DE REYES

Sobre un lecho de pieles finamente curtidas, el hombre que había pisado todas las naciones de su era y finalmente atravesado el océano para acabar sus días en costas extrañas, agonizaba. Era muy viejo. Su cuerpo, que ya estaba perdiendo el calor, conservaba restos de la fortaleza de antaño cuando, hacía demasiado tiempo, había sido guerrero, ladrón, mercenario, pirata y rey. En su gastado puño izquierdo concentraba las últimas fuerzas, apretando una delicada gasa, tan etérea que parecía hecha del rocío de la mañana, y que traía a su mente recuerdos fantasmales de una muchacha blanca, frágil y desnuda sobre un nevado campo de batalla, muy lejos en la distancia y la memoria. Sonrió apaciblemente. Con esa imagen, su mirada quedó perdida en el alto techo de piedra, al exhalar el último suspiro.

Cinco hombres flacos y bronceos entraron entonces en la cámara, con gesto circunspecto. Contemplaron el cuerpo del noble bárbaro que les había traído conocimientos y saberes extraordinarios. Hicieron ademanes de reverencia y comenzaron su trabajo.

Cuatro días más tarde la pirámide quedaría sellada y marcada con inscripciones de homenaje para el hombre que allí yacería por la eternidad. Un guerrero, un rey, un dios.

VIAJERA

Había visitado ya los interesantes canales venecianos, contemplado esas enormes cabezas vigilantes de la Isla de Pascua, las colinas romanas, los abandonados ranchos de Texas... Hoy llegó a Gijón y se sumergió en la fiesta del verano.

Encontró al chaval entre el bullicio alcohólico de la calle Carlos Marx, eligiendo su cara sobre el resto de caras de los dedicados al botellón. La enorme confianza en sí misma y el abismo vertiginoso de un escote sencillamente insuperable lo hicieron casi todo. Solo tuvo que invitarle a subir al vehículo de sugerente aspecto metalizado, con esa mirada suya llena de promesas.

Ebrios, turbados por el sudor y el humo de unos porros que aparecieron como por arte de magia, llegaron en pocos minutos a un descampado, desde donde contemplaron fascinados –ella más que él– la alta torre de la universidad iluminada por el fulgor de los fuegos artificiales. El chico salió a vomitar. Cuando volvió, con expresión un poco ausente, ella lo recibió con los brazos y piernas abiertos. Él se acopló a su cuerpo, no del todo convencido. Con una mano experta de finos dedos, la viajera salvó el obstáculo de la cremallera y agarró firmemente el miembro que empezaba a despertar. Su aliento era abrasador cuando posó los labios en la oreja del muchacho.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó

—Claro... preciosa... —contestó él con los ojos entrecerrados.

Con un movimiento silencioso de su mano libre, ella hizo que la cabina se iluminara, llenándose de una luz de tonalidad azulada que lo envolvió todo por completo. El vehículo, sin una sola sacudida brusca, se comenzó a elevar en el aire nocturno y, como una carroza celeste de minúsculo tamaño, se dirigió al encuentro de los millones de estrellas que le quedaban por visitar.

RED CARNAL

“Veinte años de convivencia no normalizan nuestra situación”. Eso era lo que Pablo le había escrito en un correo electrónico acerca de su hermano Nacho. Era otra de esas tantas confianzas que ella intercambiaba con su (¿quizá?) medio novio a través de la Red y que no hacían más que intrigarla de cara a la cita ya inminente; tantas veces postergada. El miedo de ambos era un muro que empezaba a derrumbarse, y estaba preparada para el encuentro.

Pablo sentía cómo sus dudas eran menos dudas a medida que pasaban los días.

“¿Te importaría que Nacho viniese el viernes conmigo? Tienes que conocerlo...”, escribió.

Antes de recibir respuesta de ella, Pablo sintió una familiar sacudida en su espalda. Con una mueca de asco torpemente reprimida, giró el cuello lo suficiente para ver a aquel remedo de persona, al trozo de músculos atrofiados que surgía de su propia carne. Cabeza pelada, piernas muertas, barriga flácida, pene erecto...

—Hermano, te he dicho mil veces que no quiero que te masturbes mientras estoy hablando con mi novia.

—Lo siento, hermano.

MIEDO

Recibí un mensaje en el móvil; solo eso. Y sólo me comunicaba que quedábamos a las siete, y dónde. Hacía un par de años que no veía a José Luis, pero me parecían una eternidad. Cuando llegué al restaurante ya me esperaba. Nos saludamos con unos gestos y nos dimos dos besos que me recordaron otra época distinta. Empezamos a charlar animadamente, las manos bailando en el aire, y un camarero en camisa de verano interrumpió la conversación. José sacó entonces su bloc de notas y escribió en él los nombres de los platos que habíamos elegido. Cuando el hombre se fue, en vez de guardar el bloc me dedicó una sonrisa y se inclinó sobre él. Parecía estar dibujando. Unos minutos después me mostró el resultado. Sin duda la chica del dibujo era yo: el cabello oscuro, la cola de caballo, los rasgos redondeados... no lo comprendí muy bien, pero sonreí. El siguiente dibujo representaba unas inconfundibles tijeras. Sé que fruncí el ceño, pero no creo que mi actitud fuera nerviosa... aún. Él se aplicó de nuevo con el bolígrafo y esta vez las tijeras se clavaban en mi cara, en mis ojos. No se podía negar que tenía mano, la sensación era muy real. Hizo varios dibujos de estos, y a medida que me los pasaba su sonrisa era más espantosa. Vi un brillo de sudor marcando su frente. Tras la carnicería sus ojos reposaron en mí, intensos. Yo estaba muy quieta, rodeada de comensales, incrédula. Mantuve la calma al quitarle de las manos los útiles de escritura. Él se dejó hacer. No tengo su talento, pero me las apañé. Poco después de pasarle las hojitas, mientras el camarero llegaba con la bebida, noté cómo el rostro de José se descomponía y sus labios empezaban a temblar. Un poco. Decir que el miedo le hizo enmudecer no sería más que un chiste macabro.

PARTIDA DE CAZA

La Oscuridad se ha hecho, súbitamente, como siempre. Una sola vela de grasa alumbraba la inquietud de Barlon, acucillado dentro de la gruta. Esta es la noche en que se hará un hombre. Mejor dicho: uno de los dos más expertos cazadores de su tribu le hará un hombre. Antes, los tres saldrán a la negrura e intentarán dar caza al Gran Plateado. Barlon, en su noche de iniciación, es el premio.

El territorio del Gran Plateado es extenso; el suelo, frío; la posibilidad de encontrarlo, remota. Y solo remotamente posible de noche, cuando sale a recorrer su reino. Muy pocos han logrado abatir a Uno y, en ocasiones, el premio no regresa a casa. Barlon sopesa esto mientras camina entre los dos adultos. Sorprendentemente, cuando muy poco tiempo ha pasado desde el inicio de la cacería, el estremecedor sonido de las escamas arañando el duro suelo se deja oír. Los dos hombres, ansiosos, se lanzan hacia la gigantesca forma del monstruo, que se adivina lacerante en la Oscuridad. Con las hachas empuñadas firmemente, avanzan hacia el peligro, cada uno atacando un flanco. Barlon se queda atrás, paralizado por el terror. Y éste es aún más grande cuando repentinamente se hace la Luz; brillante, insoportable, y baña una escena horrible: el mayor de los guerreros atrapado entre los agudos colmillos de Uno, medio devorado ya. Entonces, un trueno que presagia desastre se deja oír; Barlon y el guerrero superviviente alzan la vista al cielo, solo para ver, horrorizados, cómo la mítica Blancura de los Dioses cae sobre ellos, cubriéndolos. Ninguno de los dos podrá contar jamás que ha visto con sus propios ojos la manifestación divina.

¡Cada noche el mismo asco!, piensa Carlos. Su vejiga le obliga a levantarse de la cama y, por si fuera poco, siempre encuentra pululando por el suelo del baño alguno de esos asquerosos pececillos de plata, que aprovechan la madrugada para salir de sus escondrijos. Pues nada: un poco de papel higiénico y a cazar bichejos. Casi lo considera ya un deporte personal, inconfesable. En cuanto vuelve al catre se olvida de ello por completo. Hasta el siguiente desvelo urinario, por lo menos.

SEGUNDA PERSONA

La camarera es la misma desde hace unos buenos años; sus ojeras de cansancio cada día más pronunciadas. Te gusta porque se ríe contigo, a menudo, cuando no está muy ocupada. Hoy la tarde se ha quedado agradable y, mientras saboreas tu vaso de agua, estás tan feliz que te pones a cantar a grito pelado. La miras, como invitándola, como siempre. Ella, cara cansada, sonrío con desmayo. De pronto, otra voz acuchilla el aire; también está cantando. Ahogas tu melodía de inmediato, frunciendo el ceño. No ves al que canta, pero el sonido parece nacer tras una columna del bar. A tu izquierda hay un espejo de tonos azulados que, en su juego con otros espejos, te regala la imagen del individuo. Distingues perfectamente su pelo revuelto, su perilla abundante, las gafas deslizándose por el puente de la nariz. Está loco si cree que puede entrar impunemente y desgañitarse en competencia contigo. Sientes asombro, que conduce al malestar, que conduce a la ira, que conduce a que saltes del taburete y lo lances contra el espejo que se astilla en mil navajas azules. Los otros dos o tres clientes se han quedado congelados. Y, antes de que el tiempo pase, le dices, dulcemente, a la camarerita cansada, acercándote a sus rizos castaños: *e/ único loco de este bar... soy yo*. Y liberas una risotada, satisfecho.

TABÚ

Eran solo las cinco de la tarde, y el día ya comenzaba a oscurecerse. Las nubes pesadas de diciembre, que descargaban unos copos de nieve llenos de misterio en su parsimonia, cubrían el pueblo. Un grupo de cinco militares, jadeantes por el aire frío que entraba en sus gargantas abiertas, corría calle abajo; sus botas negras aplastando los regueros de agua sucia. Como lobos, perseguían a una presa que huía sin esperanza hacia su muerte, con el corazón apretado en un puño de hielo. El niño sostuvo su carrera enloquecida durante unos minutos. Pero el fin del camino apareció fulminante. A la vuelta de una esquina un sexto soldado llegó a él y le disparó una bala a la cabeza. El ligero cuerpo cayó desplomado y -entre la nieve convertida en barro- la bolsa de plástico que llevaba, con él. Cuando el resto de los soldados llegaron a su lado, el que lo había cazado ya sacaba de la bolsa el objeto robado en la mansión del gobernador cinco minutos antes. Una imitación de hojas de acebo con una campanita dorada en el centro.

Otro año sin Navidad.

EL ALIMENTO

La única mascota que tuve fue, con once años, un canario bullanguero que murió congelado una noche de diciembre porque a alguien de la familia (no se atrevieron a señalar) se le ocurrió dejar la jaula en el alféizar de la ventana. Entiéndaseme bien: no es que me disgusten los animales, pero ninguno más hasta hace un mes. Hace un mes Patricia me regaló un hámster por mi cumpleaños. Precisamente era catorce de diciembre, y me hice la seria promesa de que éste no se me moriría por mal uso.

Es un placer verlo corretear por toda la jaula, correr como un poseso en su rueda, afanarse en construir el nido de pajitas... pero lo que prefiero es darle de comer. Como un bicho bueno, come de todo. O eso pensaba yo al principio; hasta que un día, al darle un pistacho, vi que lo rechazaba con un gesto de disgusto de su hociquito rosa. "Qué extraño...", pensé. También me dio por pensar que, si algo no era bueno para un ratón, menos lo era para un hombre. Así que dejé de comer pistachos. Y comencé a llevar a la práctica un experimento: le ofrecía al bicho diferentes alimentos y, si los rechazaba, yo mismo dejaba de comerlos. Vi una especie de sentido especial en que el instinto alimentario de mi hámster me guiara en mi dieta.

Hace tres días, no sé muy bien por qué, recordé cómo el bicho se abalanzaba habitualmente sobre mi dedo e intentaba morderlo, con ansia. Entonces se me ocurrió otra idea... He comprado un hacha pequeña muy afilada. Todavía no sé por cual decidirme, pero ya tengo preparada una bolsa de hielo en el congelador, por si acaso.

Tengo que probarlo.

CONVENIENCIA

Los fuegos naturales han desaparecido y quizá la vida ya no es lo que era. Las familias también. Y tampoco. Pero los parentescos, inevitablemente, siguen existiendo en este año 1273 de la Segunda Tierra. Y el abuelo habla con el nieto, sentados ambos ante un fuego artificial de calor falso.

—Pero, dime... ¿quién crees que creó todo esto? El agua, las montañas, la madera, los animales y hombres... la vida... Fue Dios. Dios, el Creador de todo.

—Abuelo —contesta el muchacho flaco y limpio que es el nieto— tienes razón. Dios... lo creó todo en esta Segunda Tierra. Incluso a nosotros, los hombres. Ha creado a los doctores y a los viajeros espaciales. Sí. Y ha creado a los ladrones de almas, a los violadores de cuerpos, a los asesinos, a los pederastas... y a los traidores. Porque como tú muy bien me has dicho desde que tengo uso de razón, abuelo, Dios nos ha creado a su imagen y semejanza. Y, de esta forma, nos ha traicionado. Se ha traicionado a sí mismo.

El viejo, que casi había perdido la idea de lo que es el llanto, siente sus ojos enfangarse con las lágrimas de quien es herido en lo íntimo de sus creencias. Y nunca volverá a mirar a su nieto sino con una cortina de lágrimas ante sus cansados ojos.

RUJIDO DEL AMOR

No sé por qué motivo les hice caso. Sus gestos para que me acercara no fueron especialmente rotundos ni nerviosos, pero comprendí lo que querían cuando señalaron mi bloc de notas. Intrigado por la curiosidad que demostraban me acerqué a ellos y a un tiempo, sorprendentemente, pensé que quizá querrían darle algún uso. Arranqué una de las pequeñas hojas, saqué el rotulador del bolsillo de mi chaqueta y le tendí al más cercano ambas cosas. Contuve mi respiración por un instante. Parecía estar escribiendo alguna cosa en el papel. Esperé con paciencia infinita el resultado, mirando de reojo a derecha e izquierda. Una mano me sacó del trance, devolviéndome papel y rotulador. No entendí las tres o cuatro primeras palabras, pero después la letra se asentaba, era menos vacilante; y esto es lo que leí: "... somos distintos pero compartimos los mismos deseos ke los ombres todo lo ke nos atrae es el rujido del amor aunke keremos tenerlo solo los demas lo tienen..."

Lo leí cuatro veces seguidas antes de levantar la vista hacia la jaula. El que había escrito me miraba fijamente, en silencio, con sus enormes ojos redondos y negros haciéndome algún tipo de pregunta. Unas estrías regulares marcaban las mejillas debajo de aquellos ojos. La nariz aplastada y enrojecida no temblaba.

Maldije para mis adentros; me cagué en tantos dioses, santos y madres como conocía, en todos a la vez. Me di la vuelta. De camino hacia mi oficina en el centro del recinto sopesé varias posibilidades: despedirme de mi mujer por teléfono y colgarme del travesaño del baño; o mandar inmediatamente al veterinario de guardia que matase a aquel chimpancé.

Tanto si hacía una cosa como otra, estaba convencido de que me había vuelto loco.

AMBROSIO

La cabaña de madera negra no es, ciertamente, muy grande, pero su interior está perfectamente ordenado y muy limpio. Todo esto es mérito de la madre. A pocos pasos nace un pozo de agua helada, peligroso para los más pequeños, que son: Adelia, Alfonso, Azucena, Azahara y Abel. Los mayores se las saben arreglar mejor, y ayudan con la leña.

Ambrosio está dentro de la cabaña, leyendo. No pasa nada, todos quieren a Ambrosio. El niño puede oír el constante alboroto que sus hermanos y hermanas hacen fuera. Esto le irrita un poco, hasta que ve, entrando por la puerta abierta de la cabaña, a plena luz del día, a un pequeño hombrecillo ovoide y paticorto, verde de musgo, que entra en la sala y, tras mirar hacia uno y otro lado, se acaba por sentar sobre una piedra de la cercana chimenea. Sin tiempo para reaccionar, Ambrosio ve cómo otro hombrecillo de similares características entra por la misma puerta, busca con la vista al primero y corre a sentarse frente a él. Entonces dice:

—Mi nombre es Quiero, mi apellido Nopuedo. Soy un infeliz.

El primer hombrecillo, casi pisándole las palabras, replica:

—Mi nombre es Puedo, mi apellido Noquiero. Soy un miserable.

Ambrosio está tan absorto en las extrañas apariciones que tarda en oír el alboroto que se ha montado fuera. Alberto, Acacia, Arturo, Antonio, Ana y Ángel chillan como condenados. Algo grave parece haber pasado... le echarán la culpa a él, como siempre.

En cuanto sea un poco mayor, decide, se irá de aquí. No parece hermano de sus hermanos, ni parece encajar con este mundo de pobreza mental.

Los raros hombrecillos ya no están. Quizá algún día...

CAZADOR

La ancha mujer que había encontrado plácidamente sentada en este fabuloso banco del Parque del Retiro se dejó el holodiarario olvidado al levantar su fofo cuerpo y marcharse corriendo –intentando correr de verdad– justo cuando me senté a su lado. Porque eso fue lo único que hice: sentarme. Sin darle más importancia, cogí la liviana lámina y contemplé los titulares instantáneos de aquel ajetreado día, que danzaron ante mí. Era inevitable que apareciera: UN HOMBRE AZUL REVELA LOS DETALLES DE SU LLEGADA A ESPAÑA EL SÁBADO POR EQUIVOCACIÓN... y después casi todo lo que había narrado a los indiferentes holoperiodistas virtuales. Me parecía cómico pensar en ello. Resulta que vine para llevarme las orejas de Anthony Perkins en *Psicosis*, pero confundí mi puerta de salida, acabé en otro país, y ahora tengo que llevarme los ojos de Martínez Soria en *La tía de Carlos*. Un viaje, un trofeo... es lo mínimo... Pese a todo, no lo considero una mala experiencia. La comida española es buenísima, aunque dicen que dos siglos atrás era mucho mejor.

¡Ah!, ya veo cómo se materializa la puerta allí, junto a la corroída réplica de una escultura desaparecida hace mucho. Me tiento llevarme el holodiarario para enseñárselo a los muchachos pero, de todas formas, los titulares cambian rápidamente y pronto desapareceré de las noticias, como de este planeta. Camino hacia la puerta, comprobando que los ojos están en su sitio. El fabuloso banco ha quedado teñido de azul; una contribución personal a la belleza de este mundo olvidado.

Tengo que memorizar las coordenadas de esta puerta; puede que vuelva cualquier día de estos.

GASTADO

El viejo alimenta una ilusión secreta. Arrastrando penosamente las zapatillas por la acera que las va gastando minuto a minuto, se acerca despacio a la cervecería pintada de rojo. Después de pasarse ocho años encerrado en el apestoso apartamento, un magnífico día de marzo redescubre por fin los aromas de la calle. Vuelve a experimentar el olor del aire libre, a oler la mierda que exhalan los coches. Y vuelve a husmear el coño de una mujer. ¡Cuántos coños no habrá husmeado él! Setenta y un años a sus espaldas; las cerdas grises de la barba sin afeitar agrediendo la gastada cara; las piernas raquíticas sosteniendo a duras penas la forma hinchada del cuerpo. Una ruinilla enfundada en el chándal descolorido, pero... ¡cuántos coños no habrá olido él!

Al principio de la calle suena un rugido que revuelve las entrañas. Un coche se acerca a toda velocidad, los neumáticos ardiendo. Detrás de la patética figura septuagenaria se levanta de pronto una sombra parda y extraña, como el esqueleto de un oso abrazado por piel y brumas marrones. Es el mensajero de lo que llega, con cuencas vacías.

El coche ruge, acelera, embiste, destroza, frena en seco con chirrido horrible. Está parado frente a la cervecería; las ventanillas no se bajan. Desmadejada junto a un arbusto y una señal de tráfico, una piltrafa sangrienta es envuelta por nieblas oscuras que a ratos parecen una piel muerta y reseca que se pulveriza en el aire.

Sólo hay una pareja en la terraza, que lo ha visto casi todo.

Casi todo.

CRUCE DE TONOS

Carlos Gómez sacó del bolsillo su bloc de notas, al pararse en un semáforo camino del taller literario. Escribió: "el semáforo, punto de encuentro de las culturas; teatro desnudo de la convivencia; cruce de razas y razón..." Miró a su derecha y allí estaba un negro con un carrito de la compra lleno a rebosar de camisetas que vender. Un gitano descamisado de color bronce y colilla entre los labios esperaba al lado. A su izquierda, un chaval rubio, blanco como la leche, que había nacido y crecido en el barrio, cargaba su mochila con un aire despistado. Carlos Gómez, a pesar de su nombre, era belga. Moreno, fuerte; su figura contrastaba con la del niño y con la de una pelirroja imponente, pecosa y de piel rosada que esperaba, ensimismada en sus pensamientos. No podía apartar la vista de ella.

Carlos notó que todos se movían al unísono y miró al frente. ¡Qué curioso! Un hombrecillo verde parpadeó en la otra acera y la marea de colores que cruzaba la carretera se fundió con él. Carlos sintió la necesidad de quedarse un rato parado al borde de la acera, contemplando el espectáculo. Un pensamiento lo asaltó: ¿cómo ser intolerante cuando en la paleta del artista desconocido se funden tantos colores?

Después de que un hombrecillo rojo apareciese y desapareciese de la nada ante sus ojos, apretó el paso hacia el taller, feliz y convencido de saber proponer un buen tema esa tarde.

HORAS MUERTAS

Huyó de la gran ciudad devastada caminando, sabiendo que el ente invisible que infectaba el aire era mucho más rápido y lo alcanzaría de todas formas. Ya no le importaba. Solo deseaba llegar con vida al pueblo donde creció, y acabar su existencia entre los pequeños edificios que recordaba con amor de pueblerino. También sabía que se arriesgaba a encontrar los cuerpos de sus padres en cuanto pusiese un pie en la casa familiar. Pensaba que sufriría solo un instante y después estaría en paz para siempre. Treinta y cinco kilómetros; confiaba en que las fuerzas fuesen suficientes. Extraordinariamente, lo fueron. Llegó a su calle horas después, apenas agotado, sin síntomas de desmayo. El asombro dio paso al horror: comenzó a encontrar cadáveres en todas las aceras, tiendas abiertas y vacías, semáforos apagados... Ya cerca de su antiguo hogar se detuvo un instante frente al escaparate de la joyería de Milo, cerrada a cal y canto, donde años antes se había pasado horas muertas contemplando las cosas brillantes y las maquinarias preciosas que el hombre creaba para disfrutar más el tiempo. Notó algo parecido a un golpe en el estómago cuando vio el reloj de arena. Inexplicablemente, seguía en marcha. Entonces miró a su alrededor y tan solo sintió la quietud de la muerte que ya había visto al entrar en el pueblo. Pero cuando fue a cruzar la carretera, el semáforo frente al que pasó se encendió de repente. Ya en la otra acera, las señales luminosas, los relojes de las marquesinas... cobraban vida. Vio a un perro levantarse con esfuerzo y escabullirse tras la esquina más cercana.

Continuó caminando sin mirar atrás. Oyó pasos torpes y ruido de pies que se arrastraban siguiéndole. Cada vez más y más. La cabeza le dio vueltas. Cuando llegó a su viejo portal, casi estaba preparado para lo que iba a pasar.

DOMINGO DEL PASTOR

Entre la multitud de fieles que atestaba la iglesia encontré con la mirada, a mi izquierda, al otro chacal. El traje planchado y la corbata no podían ocultar su condición, al menos a mis ojos. Parecía uno de esos gitanillos fibrosos y con labia que corretean por las ferias: media melena ensortijada, piel morena, bigotillo ridículo... nada más lejos de la realidad. Me vio y hubo ansia en sus ojos. Los cánticos que horadaban la cúpula se apagaron y cuando el párroco afirmó aquello de *el Señor es mi pastor, nada me falta...* no pude reprimir una sonrisa traviesa. Por fin, las ovejas avanzaron por el pasillo central. El viejo sostenía entre las manos el copón lleno de asquerosas obleas. Mi último pensamiento humano fue tonto: si las hostias fueran de chocolate, yo también comulgaría. Entonces me abalancé sobre la mujer enjoyada que tenía a mi lado, y le desgarré la garganta de un mordisco. Después, continué. La otra bestia saltaba entre los bancos de madera, mutilando, arrancando, desgajando, abriendo... nunca me había enfrentado a un competidor tan preparado. El poder de la muerte impregnó el anciano recinto durante una eternidad de gemidos y gritos de horror. Tras el altar encontré a un niño contorsionado por el miedo, con las gafas retorcidas sobre la nariz que moqueaba. Ríos escarlatas inundaban el suelo de piedra de la iglesia. La carnicería parecía haber terminado, sin que yo me diera cuenta. Si mataba al muchacho, la victoria sería mía. Lo dejé ir. El otro chacal se encontraba todavía demasiado lejos para alcanzarlo. Como alma que lleva el Diablo, el monaguillo corrió buscando la salvación. Los puñados de monedas nerviosas tintineaban en sus bolsillos. Bien por el chico. No se volverá a acercar a una iglesia en lo que le queda de vida. Con un último gesto de desafío en la despedida, dirigido a mi adversario, salí por una pequeña puerta lateral, intentando alisarme la falda empapada de rojo.

TODAS LAS PUERTAS

“Flandes”, dijo alguien, hace tiempo. Otro aseguró más tarde que era Calcuta. Quien estuvo allí para verlo y sentirlo perjuraba que se trataba de Dresde. Inocentemente, un niño musitó: “La Zona Cero”...

A las 11:48 el calor seco de la ciudad ya está en su apogeo, cosa que no parece importunar a los viajeros, a pesar del hacinamiento. Todos con el puño en alto, firmemente agarrados a los asideros de plástico que huelen a sudor rancio. El tráfico es una maldición; la humanidad burbujea, el chofer resiste como puede. Llamémosle Lucas; cuarenta y siete años, ancha tripa, mal afeitado, pelo grasiento. Lo que ha cruzado delante de su autobús no tiene nombre. Solo ve, de refilón, la silueta de un viejo. El golpe suena hueco y estúpido. Unos metros más allá chirrían los frenos y el autobús se detiene. Lucas tiene pocos segundos para reaccionar. No necesita recordar a sus cinco hijos, las dos mujeres que mantiene, el padre enfermo... Siente una lástima repentina e intensa. La compañía lo despedirá después de esto. Pasan los segundos, como abismos de tiempo. Quizá, si la compañía no tiene que pagar una pensión de por vida, no lo despidan. Como un rayo, Lucas mete la marcha atrás y acelera. Reza para que una pasada sea suficiente. Los pasajeros danzan macabramente, casi como ahorcados, suspendidos de sus tiras de plástico, cuando las ruedas aplastan el cuerpo. Lo peor ya ha pasado; ahora aparecerá la policía.

El infierno hoy, a las 11:50, es Monterrey.

OTTO

Hubo una vez un niño que nació a destiempo, con una limpia marca de asesino sincero en la mirada. Su madre, que gustaba de las blusas en tonos pastel arremangadas ligeramente, y que ostentaba un estrabismo atractivo que desarmaba a los hombres, lo llamó Otto, sin saber por qué. Cuando el pequeño Otto vio por primera vez a su padre, algo ominoso quedó marcado a fuego en su minúsculo cerebro que aún no entendía nada. Fue entonces, a las dos horas de nacer, cuando quedó sellado el destino de aquel hombre. Un destino horrible, por cierto. Pero esa es otra historia; macabra, lejana y menos interesante.

Con ocho meses, un Otto bebé que no necesitaba usar pañales, adquirió la costumbre de cubrirse la cabeza con cualquier tipo de tela que adecuaba para la ocasión; el rostro escondido detrás de un paño oscuro que sólo permitía ver sus ojos de enigma. Otto, como quedaba demostrado, no era un niño normal.

A los ocho años tomó la decisión de cambiarse un apellido que no le decía nada por el de Malatesta, después de leer la biografía de cierto *condottiero* veneciano.

A los dieciocho, leídos ya miles de libros sin importar tema, autor, época ni estado de conservación, Otto empezó a escribir, llenando pilas de folios que nadie ha leído hasta el momento.

Con veintiocho constató definitivamente que la Humanidad –a la que, a pesar de todo, pertenecía– vivía engañada por la impostura de que existían el Mal y el Bien y, de esta forma, todos se sentían felices con el malintencionado pero consolador engaño. Se convirtió entonces en un ser terrible, sacudiendo las conciencias del mundo a través de sus actos artísticos, que incluyen la literatura, la filmación y el graffiti-collage. Su primer libro publicado es el desconcertante *Manifiesto de Malatesta*. Ningún gobierno lo ha censurado, por increíble que parezca.

Viviendo el sueño de su razón, se enfrenta solo al universo, desnudo. Una única prenda forma su vestuario: ese pasamontañas negro tan revelador que, sin embargo, ha hecho que nadie en el mundo haya visto el verdadero rostro de Otto Malatesta.

ALLÍ HAY ORCOS

Tuvo que explicarle a Claudia, su ojito derecho (y también el izquierdo) que no había matado nunca a un orco, y que éstos no existían, porque cuando les dijo a los otros niños que su padre trabajaba en la mina, eso fue lo primero que le preguntaron. Aunque, bien mirado, Gabriel, el maquinista, tenía toda la pinta de uno. Menos mal que no le preguntaron si su padre era un enano. Los niños, que hacen una película de toda su vida.

De eso ya hacía diez años, y Claudia se había convertido en una adolescente alta que daba gusto mirar. Aunque le seguía gustando la fantasía, ya no pensaba en orcos, ni en enanos. Curiosamente, un hijo de Gabriel, que llevaba el mismo nombre del padre, ocupaba los pensamientos de su nena. Un Gabriel guapo y chulesco que se juntaba con lo peor de la clase y que no le gustaba ni pizca. Pero ella era feliz; y eso a él le hacía feliz. Muchas veces, abajo en la oscuridad, veía caras ennegrecidas y agrietadas como la suya propia, que le traían a la memoria la anécdota de los orcos. Y sonreía sin querer, recordando a su nena.

Una sonrisa que abandonó definitivamente su rostro en el mismo instante en que, una madrugada de domingo, Claudia llegó a casa y se encerró en el baño, dispuesta a no salir jamás. Los gritos helaron la sangre del hombre; ver la cara hinchada y amoratada de su hija cuando logró forzar la puerta, congeló su alma. Se acabaron las fantasías, para siempre. No hubo denuncia; ella nunca lo quiso. Ni hubo castigo. Sí mucho dolor enterrado y urgencia en olvidar.

Pero no todos olvidan con igual facilidad. Unos pocos años pasaron y Gabriel, el maquinista feo, cedió su puesto a Gabriel el golpeador. Y, descarado, llegó a trabajar al lado del padre herido. La mancha de la furia había estado extendiéndose durante mucho tiempo en el interior. Resultó ser que había orcos, sí. Vivían arriba. Mas la ironía del destino quiso que él, al fin, los matara allá abajo.

UN DÍA LLAMADO SÁBADO

Le encantaban los centros comerciales porque, literalmente, hervían de almas. En cierto modo, se sentía como en casa. Los días denominados sábado, el hormigueo frenético de almas era delicioso. Acudía todas esas tardes, esperanzado, para empaparse, casi intoxicarse, de humanidad. Por suerte, era sencillísimo pasar desapercibido entre la muchedumbre, a pesar de su traje anguloso carente de sentido estético entre tanto chándal y pantalón vaquero. Sin que nadie se fijase en él, él podía fijarse en todos. Los hombres habían encontrado la fórmula adecuada, habían terminado por aceptarla, mejor dicho, sin darse cuenta de que alguien la había inventado por ellos. Mejor que lo creyesen así. Allá abajo, el Primer Círculo, la grandiosa puerta de entrada. El Segundo Círculo, terreno de lo mundano. Tercer Círculo, donde campa la vanidad. El Cuarto dominado por la pereza. El Quinto, Círculo Superior, donde la gula era la condena. Para él resultaba embriagador, y cada día denominado sábado acudía a su cita secreta, puntual. Y había tenido cuidado, hasta ese momento, de no hacer partícipes a los otros de su descubrimiento. Porque entre todas las almas que anegaban los pasillos llenos de mercancías, una le resultaba particularmente exquisita por su olor esencial. Segundo Círculo, Servicio de Reclamaciones. Uniforme rojo, botas negras, cabello rubio, alma gris... ¡vaya si la reclamaría! Pero no hoy, se decía siempre, no hoy. Así, al final de cada día denominado sábado, cogía el ascensor que lo llevaba de vuelta al hogar con un fulgor de juguetona esperanza en sus pupilas escarlatas. Los últimos humanos se desperdigaban en las plantas PS1, PS2... pero él seguía descendiendo, más abajo, más abajo... hacia el aburrimento y la esclavitud de un trabajo que lo amargaba. Por suerte, justo sobre su boca del infierno habían construido aquel centro comercial, y allí estaba su Beatriz, esperándole. ¡Qué excitante, qué deliciosa espera!

L

CARTA AL AMADO

Querido Daniel:

Después de quince años diciéndome día y noche « te quiero», hoy he leído en tu diario que las palabras, a fuerza de repetirlas, pierden todo su significado.

Menos mal que te has muerto...

Cabrón.

Marta

ORNITORRINCO

El estirado y satinado prócer, vestido con un traje demasiado amplio para su cuerpo demasiado estrecho, dijo sin desviar la mirada:

—Una broma, sin duda.

—Una macabra broma, no me cabe duda alguna —correspondió el colega apergaminado de los dientes amarillos—, obra de algún desaprensivo aburrido en sus vacaciones.

No habló el tercero de los reunidos. Recordaba el caso, sin duda, del fantástico animal australiano. Después de un momento de corrosiva indecisión y de sudores fríos, concluyó diciendo:

—Evidentemente, no es una mujer. Pero, ¿qué clase de retorcida mente pudo idear esta aberración sólo por diversión?

El trío de sabios, apesadumbrado, guardó silencio. Y tres pares de ojos siguieron auscultando el interior de la piscina del hotel.

PRIMER CONTACTO

Adán salió de su vehículo con un nudo oprimiéndole el estómago. Varios expertos lo habían preparado para aquel contacto durante meses. Aunque los estudios preliminares indicaron que el peligro alcanzaba tan solo el 0´0003 %, el primer contacto con una nueva civilización implicaba muchas otras variables impredecibles, y no podía desprenderse del nerviosismo. Quiso, al menos, abandonar su miedo y avanzó en la noche despejada con ánimo de campeón estelar. Frente a él, en el punto acordado, entre unos frondosos árboles, esperaba la extraña criatura. Adán se acercó lentamente, evitando vacilaciones que pudieran ser malinterpretadas. Allí estaba, por fin. El primer contacto.

Cuando ella le pidió cincuenta euros antes de iniciar cualquier tipo de aproximación, las fantasías galácticas de Adán se vinieron abajo como un castillo de naipes.

LA LUCHA

Encendí el ordenador y, con gran confianza en mí mismo, me senté a escribir mi cuento número cien. Debía entregarlo antes del día quince del cuarto mes y, aunque hacía ya más de cinco semanas que no escribía nada, estaba tranquilo. Eran las diez y media de la mañana, recién estrenado el tercer milenio. Las veintisiete letras del teclado esperaban impasibles mis diez dedos preparados para la faena. Pasaron cinco minutos, quince, cuarenta y cinco minutos... no se me ocurría nada, ni una sola idea. Mis dos gatos siameses dormían plácidamente sobre unos butacones mil veces rasgados, ignorantes de mi apuro. Nada, cero... me encontraba vacío de inspiración. Empecé a sentirme nervioso y troté hacia el armario del baño, en busca de un Pavofrén-500. Fue una revelación sumamente extraña, pero cuando vi apiladas las cajas de pastillas y cápsulas, comprendí. Soy un hombre de letras; los números siempre han podido conmigo.

LA CONDENA

Cuando Eli llegó a casa, tarde, miró su buzón y encontró dentro cinco folletos de propaganda de diferentes centros comerciales y un sobre estrecho y fino con el membrete de la Tesorería General. Suspiró. Arrojó la mochila sucia al suelo del recibidor y fue a sentarse directamente sobre la cama. Con el abrecartas basto que era su dedo índice rasgó el papel y sacó del sobre una hojita doblada mecánica y pulcramente. Impresos en el folio de color salmón, una acumulación de datos desfiló ante sus ojos. Muy abajo, a la derecha, se remarcaba una frase:

El total de días que figuran en su vida laboral... y una cifra: 1.461

Eli leyó entonces el único dato importante en todo aquel galimatías: 4 años y 1 día. Esa era la condena.

Reventado de cansancio, se dejó caer sobre el colchón. Mañana lo esperaba otro día de trabajo agotador. Se durmió.

EL CASTING

Nadie puede imaginarse lo duro que es esto, de verdad. Acaba uno hasta el mismísimo culo de analizar caras estúpidas y escuchar voces que helarían el infierno. Aunque, de vez en cuando, es posible encontrar una perla. La chica con el número quince era muy mona, de eso no cabía duda. Sinceramente, tenía todos los ases en la mano para entrar. Ni siquiera tenía voz de pito, como la mayoría, y sabía realizar operaciones matemáticas con la suficiente agilidad mental. Se movía bien; en pantalla su sola presencia sería una bomba. Las cámaras arderían al captar su rostro. Me quedaba únicamente realizar una batería de preguntas que eran más puro trámite que otra cosa.

—¿Actor favorito?

—¡Ay!, Price, Vincent Price, por supuesto.

—Ummm... ¿una teleserie?

—Espacio 1999... adoro lo retro.

—Ughhhh... y... —me puse de los nervios— ¿color de ropa interior?

—Rojo, rojo arenas de Marte...

—¡Señorita, por favor! —me indigné de inmediato, y creo que mi cara enrojeció tanto coma aquellas arenas— no está aceptada.

—Pe-pero...

—¡No!, haga pasar al siguiente candidato, me temo que Operación Mainstream no es para usted.

FÁBULA

Un cojo discutía con un cabo a la entrada de un cuartel de caballería, en el que no había caballos más que los domingos. El cojo gritaba: "¡Cojo!", hasta ponerse rojo, y el cabo por su parte gritaba: "¡Cabo!", y se le hinchaba una vena gorda en la frente. Pasó un recluta. No se preguntó por qué discutían y gritaban el cojo y el cabo junto a la barrera. Tampoco por qué había un cojo a la entrada del cuartel. El recluta simplemente se acercó a la garita, entró en ella, se volvió, asomó la cabeza de recluta, y gritó tan fuerte como era capaz: "¡Quepo!", dejando al cojo y al cabo con tres palmos de narices.

JULIÁN

Cuando iba al colegio, Julián guardaba todas sus pagas semanales para, al cumplir los dieciocho, sacarse el carné de conducir. A los dieciséis su padre borracho rompió la hucha con forma de botijo y se llevó todo el dinero...

Julián, a los veintiuno, llevaba tres años trabajando y uno saliendo con Penélope. Guardó su virginidad para el día en que se casaran. Mario, gran amigo suyo, llevaba ocho meses y medio acostándose con ella...

Se dejó barba durante toda la vida, Julián, para, al cumplir los cuarenta, afeitársela y parecer más joven. A los treinta y ocho un accidente de coche lo mató...

Casi lo consigue, el tío...

DON'T WORRY...

Te juro que la vi aquella noche, reflejada en el filo rayado de sangre de mi navaja. Esa estúpida cara sonriente y amarilla que me invitaba a ser feliz. Hacia el ochenta y siete la había visto por primera vez, prendida en la chupa de un colega. ¡Jodidos años ochenta! Demasiadas drogas, demasiadas despedidas... Después, desapareció. Pero la semana pasada la volví a ver, en el filo. Estuve a un centímetro de marcharme con ella. No lleva velo ni corretea por ahí con una guadaña, ¿verdad? Pero yo sé quién es y qué quiere. Be happy...

SI UN HOMBRE

Si un hombre conociera con exactitud el momento de su muerte y éste estuviera aún muy lejano, conduciría con los ojos cerrados, bebería ácido, se zambulliría en aguas infestadas de tiburones... desafiando a la Naturaleza. Tendría para sí la existencia más fantástica dada a un ser humano, sorprendiéndose cada vez de qué manera el destino salvaría su vida.

Pero... ¿y si lo único que conociera fuese el momento exacto de su muerte? ¿Y nada más?

MAL TRABAJO

El Registrador RG-Doble Cero pasaba por ser el más exacto de los componentes del equipo de Registradores de la Nueva Federación Registradora Kantiana. De hecho, jamás había cometido un error de registro. Tras examinar y grabar los datos completos de cuatro planetas habitados y dos lunas áridas, comenzó a registrar el planeta Tierra. En el tercer ciclo de trabajo un subordinado con base de carbono detectó en los datos ofrecidos por RG-Doble Cero un pequeño fallo. En un tema de importancia secundaria, había registrado:

“... tarta al whisky, pollo al jerez, gorila al bino...”

Fue desconectado y reciclado inmediatamente.

PAREJAS

Se reunieron en lo más profundo y cargado del bar y, sobre la estridencia de aquella música *heavy*, Santos dijo:

—¿Cómo sabes cuántas veces te has enamorado, si cada vez es una clase diferente de amor...?

Carlos, reflexionando un minuto entero, replicó con voz pastosa por el ron:

—¿Y tú cómo sabes que cada vez es cada vez, si son clases diferentes?

Mirando ambos con ojos vacíos a los vasos que les correspondían, no se atrevieron a decir más. Santos se levantó, con su copia en DVD recién comprada de "Tras la puerta verde" bien anclada bajo el brazo, y se fue sin despedirse. Carlos acarició con un pulgar tembloroso la bruñida superficie de aquel *pin* del Real Madrid en plata de ley que poseía desde los nueve años, mientras las primeras lágrimas asomaban a sus ojos.

Los dos se suicidaron casi a un tiempo, por cierto, unos días después.

Aunque se trató de dos clases diferentes de suicidio.

ESTRELLAS EN MI CARA

Cruzamos el inmenso mar, hacia Oriente. El hombre flaco arrugado seco que nos gobernaba ansió tener más poder que cualquier otro. Supo convencer a los habitantes de nuestro vasto país de que allí un demonio bíblico escupía fuego al cielo y empapaba la tierra de negra sangre.

Partimos por cientos de miles, mujeres y hombres, cruzando el mar. Nuestra desorbitada maquinaria de guerra recaló en las arenas rojas... y arrasamos, destruimos, incendiarnos, desmembramos al demonio. Cayeron torres y puentes; brotaron cadáveres de la tierra reseca.

Han pasado solo nueve días desde que llegamos aquí. Hoy, yo vuelvo a casa, solo. Sé que mi querida familia estará esperándome con el ansia de quien padece por un ser amado. Pronto me reuniré con ellos. La oscuridad de esta caja de zinc, en la que duermo hasta el fin del mundo, me ayuda a dibujar sus rostros en el aire.

Detrás de mí quedan el fuego y las cenizas del mal.

Nadie me recordará dentro de otros nueve días.

GOURMET

A medida que se acercaba al herrumbroso arco de la entrada, Luis sentía cómo el voraz frío nocturno huía de su cuerpo. La verja estaba abierta, y entró. A pocos metros vio unos nichos mal cuidados que le hicieron torcer el gesto. Más allá, por suerte, se adivinaba la silueta oscura de algo más prometedor.

“Menús adaptados a todo tipo de presupuestos”, decía la tarjeta que llevaba en el bolsillo del abrigo; y no mentía. Sonrió lupinamente. Con una expresión alegre, alguien le dio la bienvenida al panteón.

CABEZA Y CORAZÓN

Sucedió en la llamada Antigüedad, y como todo lo Pasado, trascendió como Hazaña y Leyenda. El joven Fisias, huyendo de los crueles borkes que habían vencido en la Batalla, corrió la distancia de cincuenta Yas a través del enmarañado Bosque de las Diez Mil Lanzas, hasta llegar a la fortaleza amiga de Ugea, a cuyas puertas murió tras el tremendo esfuerzo realizado. Tres mil quinientos años después un deporte de competición, llamado ugea, en el que se corren cincuenta Yas de distancia en honor del Fisias de la Antigüedad, se ha afianzado en la Sociedad moderna.

El mes de enero pasado, el experto en lenguas muertas doctor Emmanuel Frosbbidden descubrió en un bronce antiquísimo, contemporáneo de Fisias, que la traducción inicial de la Leyenda Física había sido errónea: el joven no había corrido cincuenta Yas, sino cinco; y su fallecimiento fue debido a la herida mortal causada por una flecha borke en su espalda.

Los corredores de ugea de todo el mundo, al enterarse de la noticia, cayeron fulminados inmediatamente, allá donde estuvieren, con el corazón partido. El esfuerzo acumulado durante años se cobró, al fin, su precio.

PSYCHNOCHO

El hombre de la bata negra dijo, muy serio, que no podía hacerse nada para paliar mi crimen. Nunca había conocido a nadie como yo. Dijo que yo era sólo un pedazo de mala madera, madera podrida, y la ley no se me podía aplicar. Sí, es verdad que había asesinado a un viejo, un carpintero loco que decía tonterías. Me molestaba. Ellos creen que no se lo merecía. Allá ellos. El juicio fue otra tontería: ¿cómo podían juzgar a un muñeco de madera? Me tienen encerrado en una jaula; mañana me quemarán, y listo.

Eso es lo que ellos creen.

BIENVENIDO A...

Me llegó al despacho una carta certificada del concejo de *****, invitándome amablemente a sus Jornadas de la Matanza. Invitado de honor. Un escalofrío terrible me congeló. Se me nubló un poco la vista. Pero, tras unos minutos de reflexión, empecé a calmarme. Recapacité. Supuse que no todos los pueblos son como el mío.

RUBIK

Me llamaron perdedor, me humillaron. Sé perfectamente que nunca estuve a su altura, pero creí que no sería motivo suficiente para llegar a la defenestración mental. Una Cara, me llamaban. El perdedor. A base de esfuerzo y horas de dedicación, ellos llegaron a dominar el cubo. Dejaron a miles de perdedores como yo tirados en el camino. Se sintieron orgullosos, fuertes. Yo los llamaría ciegos. Muchos perdieron su trabajo entre el naranja y el verde. Entre el blanco y el azul, sus esposas los abandonaron. Y siguieron dejando tras de sí, en la cuneta, fracasados del cubo. Pero fue el cubo el que llegó a dominarlos, eso también lo sé. Yo gané, mientras los ciegos y abandonados seguían llamándome perdedor.

UNA MALA HISTORIA CUALQUIERA

La novela apareció muerta en un descampado, junto a un poblado de gitanos. Un cuento, celoso de su éxito, había abusado sexualmente de ella y después la había asesinado brutalmente. Al día siguiente el cuento se entregó al editor, arrepentido de su atroz acción. Durante las lecturas de su sumario, el cuento aprovechó un momento de descuido y se arrojó por la ventana de la sede de Ediciones C, acabando con su corta vida. No hubo nota necrológica, ni se publicó reseña alguna en las revistas de crítica literaria. La novela acaparó una doble página en los mejores periódicos del país. Triste suerte la de ambos...

CALLEJERO

En alguna calle de esta ciudad hay un hotel cuyo nombre desconozco, y en una de sus habitaciones, sobre la cama, un libro que me pertenece. En algún bar de esta ciudad he dejado dos güisquis sin pagar, tras golpear al barman y salir huyendo. En algún callejón he abandonado a un amigo a su suerte. En algún barrio hay un niño que llora y no sabe que soy su padre. En alguna casa mascullan una maldición cada vez que se me nombra.

Todo en esta ciudad, no necesito mapas.

¡Si tan sólo recordara quién soy y cuál es mi lugar!

VEN

Es solo un cartón mojado. No es un cadáver, ni un monstruo de esos que te roban el aliento. Es un cartón de embalaje abandonado, que parece otra cosa entre las sombras nocturnas. No es un ser deforme que se hace el muerto y solo se levantará cuando tú te acerques. No es una cosa gelatinosa de otro mundo que correrá detrás de ti para desintegrarte. No es un vampiro aletargado. Es un trozo grande de cartón meado por los perros. No te hará daño. No es un secuestrador de niñas rubias. No es un sobrino de Satán perdido. Es cartón.

Ahora ven, acércate otro poco, mira debajo. ¿Puedes verme ya? ¿Qué habías pensado? Yo soy la otra cosa. Sí te haré daño.

“¿BAJA, SEÑOR...?”

Éramos mi amigo Rafa y yo, como siempre. ¡Si es que era el ascensor de todos los días, joder! Bajábamos a tomar el café de las diez. Se lo había dicho ya mil veces; no sé por qué esperaba tanto para apretar el botón. “Cualquier día”, le decía, “alguien va a llamar antes, y a saber en qué piso apareceremos”. “Pues apriétalo tú”, me replicaba, enfadado. No es forma de hablarle a un inválido, creo yo.

Esta mañana acabó por pasar lo que yo decía. Más o menos. Alguien llamó antes. El ascensor empezó a bajar. Siguió bajando. Bajaba. Bajó. Cuando se abrieron las puertas relucientes, un calor rojo nos abrasó la cara y los brazos. El hombre que había apretado el botón era delgado, alto y de color granate. Sonreía.

¿Ves lo que has hecho, Rafa?

¿QUÉ?

¿Qué sucedería si me apoyase peligrosamente en el borde de esta ventana?
¿Qué pasaría si alzase las manos, me balancease, me subiera al alféizar?
¿Qué si me riese como un loco desde este cuarto piso y me lanzase al vacío
escaso hasta el asfalto de allí abajo? ¿Cuántas llorarían por mí? ¿Cuántas
llorarían por mi cuerpo? ¿Cuántos me recordarían? ¿Quién correría a
despedirse? ¿Lágrimas habría?

¿Y si me arrojase ahora, ahora mismo? ¿Y si saltase ya? ¿Puede
haber alguien a quien le duela más que a mí? ¿Qué ocurriría?

¡Oh, desde luego, les daría un buen susto a esos niños que juegan
abajo!

POLICÍA

He perseguido al hijo de puta sangriento durante semanas, y a punto he estado de detenerlo en un par de ocasiones. Ha matado ya a tres muy jóvenes estudiantes de medicina; dos de ellas en un mismo día. La caza ha sido organizada y bendecida por mis superiores. No puedo fallar y desacreditarles, pero las noches en vela me conducen a un callejón sin salida, una y otra vez.

En el campus mi figura ya es familiar para los internos y la mayoría del profesorado. Tengo algunas sospechas que están próximas a confirmarse; pero no puedo llegar con las manos vacías a la oficina central este viernes. Quedan dos días y mucho por hacer. Empiezo a sentirme un poco perdido.

Esta noche proseguiré la caza; creo que puede ser el momento definitivo. El viernes ya está tan cerca... Tengo controlada a una estudiante de segundo año, Susana Prieto. No puedo fallar. Es preciosa, más guapa que las otras. Cuando vea el miedo apresado en su mirada, mientras la acuchillo con saña, intentaré atrapar a ese hijo de puta sangriento que está dentro de mí.

PLATÓNICO

Muy querida Bárbara:

Te he amado en secreto desde el mismo momento en que entré al servicio de tu padre, hace ya tres años terrestres. Te vi, un día de sol espléndido, en el jardín, oliendo las flores cuyo desarrollo me fue confiado. Tanta belleza reunida aturdió mis sentidos marcianos. Desde entonces he sido un jardinero fiel y he mantenido en silencio, en distancia, mi amor. Pero ocurren cosas. Algo grave sucedido en mi planeta me obliga a regresar. Y no desearía hacerlo sin descubrir ante ti mi amor, aunque sea por escrito. Temo que, en un futuro próximo, nuestras razas no lleguen a entenderse. No es, sin embargo, un adiós, sino un hasta pronto. Espero no acobardarme al enviarte este e-mail. Podrían acusarme de traición, si lo leen ojos equivocados. Tengo pocos segundos para decidirlo. Pero, ¿para qué decirte más?; los míos me esperan. Debo irme. A Marte, en secreto.

Plee´tan Aetroo
(Pablo en la Tierra)

MALA RACHA

Después de un aparatoso banquete, Macistófeles se limpió los dientes con la espina dorsal de un buey y meó sangre. Más tarde, subió las escaleras talladas en roca que conducían a sus grutas más altas, tan lejos como la oscuridad le permitía. Allí, al borde de un lago sulfuroso que reflejaba con timidez falsa un trozo del cielo, preparó con paciencia sus aparejos de pesca. Decidió cambiar de cebo; cada vez picaban menos almas en aquel pozo. Aprendían. O cambiar de cebo, o arriesgarse a probar nuevas zonas, un poco más allá de la oscuridad; más arriba.

SUDOKU

Rompí tus dientes y me mordió el vacío de tu paladar. Penetré tus oídos y a tu grito el eco respondió. Abrí tu pecho y comprobé que dentro no guardabas nada. Extraje tus ojos y vi que detrás nada se movía. En este papel cuadriculado voy detallando todo el proceso. Tú siempre preferiste los números; lo mío es la poesía. Me sacaste de mis casillas y yo te he desordenado. ¿No te gusta jugar? Tu turno...

Pero antes, por favor, fírmame las notas.

ESPECTROS

Los espectros de la Guerra pisotearán mi cabeza. El primer espectro me enseñó los dientes y señaló mi cuello. El segundo espectro me miró con sus ojos ciegos y dio una patada al suelo. El tercer espectro abrió su boca y un pozo negro apareció ante mí. El cuarto espectro no hizo nada. El quinto espectro no hizo nada. El sexto espectro adelantó su mano y tocó mi nariz. El séptimo espectro inclinó la cabeza y vomitó sangre sobre mis botas. Ahora los espectros de la Guerra pisotearán mi cabeza.

Y sólo puedo esperar aquí, tumbado sobre las flores.

UNA CUENTA ATRÁS

Sin comerlo ni beberlo, ayer vi cómo caía la primera máscara. Fue la del señor cura, así que no me sorprendió: ya conocía su verdadero rostro de los catecismos a dos. Se desprendió, simplemente, y se hizo añicos en el suelo. Me impactó mucho más ver cómo la máscara de mi madre hacía lo mismo, a la hora de la comida. No me gustó su cara de verdad. Asustada por lo que ya no me parecía una coincidencia, corrí a buscar a mi novio. Efectivamente, se cubría el rostro con las manos, avergonzado porque su máscara se había desprendido y yacía rota a sus pies. Algo estaba cambiando, convulsionando mi vida y mi realidad. Podía ver el auténtico semblante de todos aquellos que me rodeaban. Y pensé que todo sería diferente a partir de entonces.

El día que caigan todas las máscaras, el mundo conocerá a los hijos que ha parido.

SOY LEYENDA (URBANA)

Dicen que he provocado cientos de accidentes de automóvil en una curva de una carretera de un país en el que nunca he estado. Todos lo creen, y eso sólo demuestra lo estúpida que es la gente. Pero, estúpidos o no, sus habladurías me han hecho mucho daño, hasta el punto de que he tenido que empezar a visitar a un reconocido psicólogo de la capital. Ayer llegué tarde a mi cita, inútilmente, ya que mi psicólogo no estaba en su consulta, cerrada a cal y canto. Sin nadie a quien preguntar, volví a casa. Cogiendo un autobús, por si acaso. Esta mañana me enteré de la terrible noticia por los periódicos. A la hijita pequeña de mi psicólogo la ha devorado un cocodrilo gigantesco que surgió de las alcantarillas. Estúpida gentuza, iparad ya!

TRAMPANTOJO

Cuando los dos chavales empujaron la puerta del cuarto del conserje notaron inmediatamente un olor insoportable. Recuento visual del botín: una caja grande de cartón vacía; un lavavajillas inservible, un cesto de mimbre con tres manzanas ásperas anidadas, una bicicleta roja colgada de dos ganchos de hierro, un par de esquís viejos y algunas menudencias como periódicos atrasados, botellas vacías de agua mineral, y cordones de zapatos. Y un moscardón que zumbaba en la estancia cerrada. Decepcionados, convinieron en que no valía la pena arriesgarse y robar nada de aquello, ni siquiera la bicicleta pasada de moda. En silencio, comprobaron que no hubiese nadie en el portal y se fueron, tragados por la noche.

En su lecho, a varias manzanas de allí, el Guardián se revolvió ligeramente, apartando con un gesto el leve aviso mental del moscardón. Nada de qué preocuparse; mañana miraría que todo estuviese en orden. Era un buen puesto, el de conserje; tras seiscientos y pico de años había encontrado la ocupación perfecta.

Y La Puerta seguía estando bien guardada.



UN ABRACADARIO

A- Abrí el libro de Ramón y sus greguerías me leyeron.

B- Se había pasado toda la vida sin dormir. De pequeño fue por el coco, y de mayor por la coca.

C- Numerología, tienes nombre de mujer...

D- Gracias a dios, lo mío no era timidez; solo desprecio por la especie humana.

E- Cuando las toallas de baño dominen el mundo, la pasta dentífrica será portavoz de los gobiernos, y el papel higiénico hará el trabajo sucio eliminando disidentes...

F- En Roma vivía una niñita que estaba llena de cardenales. El hecho puso los pelos de punta a los ciudadanos, aun acostumbrados a las posesiones.

G- Todos los ingleses que van a Toulouse acaban perdiendo algo. Impepinable.

H- Morgan Ojo de Serpiente. Colón Zarpa de Gata.

I- Ensalada de tiros: primer plato de la fiesta de la cocaína.

J- Ensalada de pasta: plato principal de la redada.

K- Dicen que al onanista se le llena la cara de granos. Por eso es tan difícil separar la paja del grano.

L- Se sorprendió a sí mismo pensando, una mañana. A la mañana siguiente volvió a pensar y a sorprenderse. Porque se le había olvidado.

M- ¿Qué pensarán los hombres malos de sí mismos? Me da miedo sólo intentar pensarlo...

N- Si el tiempo es oro, una vida es platino infinito.

Ñ- Hay canciones con finales bruscos y canciones con finales difuminados. Son como las vidas...

O- Lóbulo = lúpulo.

P- La enorme diferencia que existe entre el tres y el seis hace que me vuelva loco si me pongo a pensar en ello.

Q- Todos los dioses son pederastas. Y nos hicieron a su imagen y semejanza.

R- Hay un término medio. Eso dicen.

S- Diario personal: balance progresivo de una locura.

T- El insomnio no es más que el estreñimiento del alma.

U- Un análogo es un catálogo de culos. O de anos, mejor dicho.

V- Razonar = Deporte de riesgo.

W- No somos, jugamos a ser.

X- No soy distante, soy distinto. ¿O no soy distinto, soy distante?

Y- Los locos, cuando dormimos, tenemos cara de cuerdos. A no ser que soñemos.

Z- Hay pocas cosas más atrevidas que llamar mecenas a un caníbal.

ÍNDICE

XXL	03
XL	14
L	46
M	78

Iván Olmedo nació en Oviedo (aunque nunca ha vivido allí) hace treinta y cinco años. Le gusta recordar siempre que su primer anhelo fue convertirse en dibujante de cómics. Tras varios escarceos al respecto en fanzines y revistas regionales, optó por retirarse discretamente del empeño, con lo que Jean Giraud y Neal Adams pudieron respirar tranquilos. Un poco más tarde pensó que quizá fuera mejor idea dedicarse "tan sólo" a escribir. Y todavía no ha dado el brazo a torcer...

Así, mientras ha ido haciéndole regates a la vida, ha conseguido publicar textos de variada índole. Los primeros de ellos, en los fanzines *Los Dilettantes de Lovecraft* y *Cartas desde Innsmouth*. Vendrían después *Artifex Segunda* y *Tercera Época* y las revistas *Nitecuento*, *Parnaso*, *Tierras de Acero* o *MiasMa*. Si de revistas electrónicas hablamos: *Vórtice en Línea*, *Axxón*, *Qliphoth*, *Alfa Eridiani*, *Necronomicón*, *Sinergia* y –por supuesto- *Efímero*, han albergado alguna vez sus historias.

En 2006 ganó el I concurso de microrrelatos y poesía *Imagina*, de la Casa de la Juventud de Alcobendas, en su segunda modalidad; y el IV Concurso de Cómics n´asturiano de la Comarca de la Sidra, en colaboración con Carolina González. Ambos han publicado igualmente varias historietas en la revista a todo color *El Gomeru*.

También ha encontrado tiempo (no sabemos dónde) para colaborar con webs de diversa índole y en diversos grados: *cYbErDaRk.NeT*, *El Sitio de Ciencia Ficción*, *Tebeosfera*, *C*, *el hijo de Cyberdark*, *Peor... imposible* o *Estación de Nieblas*.

Aunque siempre está quejándose de la falta de tiempo, ha escatimado algo para formar parte de la organización de la *AsturCon* (evento de sobra conocido por todos) y asistir a las tertulias de los viernes del colectivo *Avalon*. Trabaja diez horas diarias, visita dos convenciones de cómics al año, cambia el aceite de su coche cada tres meses, lava platos en casa, cena con su familia en nochebuena y hasta tiene un blog. Eso sí, ha dejado de emborracharse los sábados por la noche. ¡Todo tiene un límite!

Ediciones Efímeras es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato PDF y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato, por favor contacte directamente con la editorial en la dirección:

efimero@eximeno.com

O visitar su web en la dirección:

www.edicioneseferas.com

© 2007 Ediciones Efímeras